



AUTORES, TEXTOS Y TEMAS
FILOSOFÍA

Charles Taylor

Hegel



ANTHROPOS

CHARLES TAYLOR, *Hegel*, traducción de Francisco Castro Merrifield, Carlos Mendiola Mejía y Pablo Lazo Briones, Anthropos, Rubí (Barcelona), 2010, 520 pp. ISBN 978-84-7658-946-5. (*Hegel*, Cambridge UP, 1975.)

¿HAY que justificar hoy el interés por Hegel? Karl Löwith exploró la importancia del autor de *La Fenomenología del Espíritu* en la configuración de la filosofía contemporánea, resaltando cómo el pensamiento posterior a Hegel quería completar una tarea inconclusa. Charles Taylor no se propone seguir la línea de esos problemas abiertos, sino partir de una especulación original, postulada en su momento como la síntesis filosófica definitiva, para reorientar el pensamiento actual. Algunos han tachado el intento hegeliano de proyecto titánico y han querido ver en su configuración una obscena manifestación de *hybris*; lo cierto, sin embargo, es que Hegel captó y supo comprender la importancia del redescubrimiento de una unidad perdida, sin cancelar por ello las oposiciones. Pudo ser, en efecto, demasiado pretencioso, pero la capacidad de este “animal filosófico” para aprehender los momentos más importantes de la historia del pensamiento y por integrarlos en una única construcción intelectual debería estar, a estas alturas, fuera de toda duda.

Tal vez ello explique el interés por la obra hegeliana, tras casi dos siglos de su muerte, y el carácter imperecedero de una obra que combinaba originalidad y continuidad. Su proyecto, genial, todavía es capaz de alentar nuestra labor filosófica o así, al menos, lo entiende Taylor y hay que saludar efusivamente esta traducción, en la medida que Hegel ha sido una de las voces que resuenan con más fuerza en su propio imaginario intelectual. El último capítulo de esta obra, la primera importante en la trayectoria del filósofo canadiense, abre al lector un posible horizonte interpretativo en el que incluir algunas de las aportaciones hegelianas, sin que ello signifique compartir otras ni obviar la crítica. Pero Taylor evita —y también denuncia— cierto vicio en la relectura de Hegel, que consiste en criticar en exceso opiniones o juzgar actitudes con la facilidad de quien sabe por qué derroteros ha ido la historia con posterioridad. Sin embargo, nadie, ni Hegel mismo, tuvo el don de la profecía y es una manifiesta injusticia histórica condenar sus opiniones *ex post facto*.

Si se han leído con atención las obras siguientes de Taylor, desde *Fuentes del yo* hasta *A secular Age*, y se conoce la conformación de su comunitarismo, es posible recordar la huella hegeliana en muchas de sus páginas e intuiciones. Pero Taylor no es, ni puede serlo, un hegeliano estricto: su formación filosófica —que combina la filosofía analítica de corte anglosajón con un conocimiento envidiable de las tradiciones continentales—, así lo atestigua. Pero al mismo tiempo posee el convencimiento de que Hegel supo ver el problema principal del mundo moderno y contemporáneo, aquel que también afectó a la Ilustración, a saber, la necesidad de combinar la autonomía del individuo con su incardinación en la vida social y colectiva.

En cualquier caso, y entrando ya en las consideraciones sobre el libro, sería bueno distinguir dos niveles de lectura, los dos, por cierto, interesantes y sugerentes. De un lado, este estudio sobre Hegel puede ser leído como una interesante y didáctica exposi-



ción del sistema hegeliano, algo que cualquiera que haya leído mínimamente las obras hegelianas sabe que no es nada fácil. Este sería, pues, el nivel de una lectura meramente informativa, pero imprescindible para penetrar en el segundo nivel. Taylor ha conseguido, frente a la mayoría de los intérpretes de Hegel, ser fiel al original sin dejarse seducir por la prosa abstrusa y prolija del pensador alemán. En este nivel de lectura, la estructura del libro mantiene la propia de las publicaciones hegelianas: empezando por desentrañar el marco filosófico de una época tan rica en acontecimientos culturales —*Sturm und Drang*, la Ilustración, el Romanticismo—, a la que sigue la exposición de la *Fenomenología*. A partir de ahí, se desglosa el desarrollo paulatino del Espíritu Subjetivo, el Objetivo y el Absoluto y la concepción de la Filosofía. Taylor lo hace, y hay que repetirlo, de una forma impecable: no sólo mantiene la sistematicidad y la rigurosidad, sino que es consciente de que el único que puede explicar fielmente la filosofía hegeliana es el propio Hegel. Esto explica, por otro lado, que no abunde la bibliografía secundaria en el cuerpo del texto, porque Taylor ha escrito su libro como un diálogo comprensivo con el pensador idealista.

Vayamos, sin embargo, al segundo nivel de lectura, es decir, veamos en qué medida puede leerse a Hegel con la mirada puesta en las sociedades contemporáneas. Hegel procede a sistematizar su pensamiento a partir de tres pilares fundamentales: Grecia, el cristianismo y la Ilustración. Y se encuentra con disyuntivas, con encrucijadas y, sobre todo, con la imposibilidad de conciliar un dualismo que recorre toda la historia de la filosofía. A este problema central podrían dársele diversos nombres: la confrontación entre naturaleza y cultura, entre ser y pensamiento, entre sujeto y objeto... Para subrayar su importancia, podríamos partir, como hace Taylor, de la transformación moderna del concepto de sujeto. El individuo como ser que se autodefine en el medio de la libertad es una de estas aportaciones en las que todavía no se ha pensado suficientemente, como más tarde se encargará de hacerlo el propio Taylor en su monumental *Fuentes del yo*. Es fácil, por ejemplo, descubrir a partir de las ideas de Herder que la categoría de expresividad está llamada a ocupar un lugar central en el imaginario cultural. Frente a la concepción ontológica y sustancialista de la filosofía anterior, Ilustración y Romanticismo entienden que el sujeto es libre en la medida en que se concibe como autoexpresión, en la medida, pues, que desarrolla una identidad en la que expresa su propio yo. Pero la autoexpresión choca para estos pensadores preliminares con rígidas limitaciones. Así al yo se le opone una naturaleza gobernada por sus propias regularidades, que, una vez conocidas por el avance científico, queda totalmente desencantada y petrificada. Este fue el problema que atisbó en su momento Kant y a resolverlo obedecen sus tres críticas, aunque no pudo escapar del juicio de sus herederos idealistas. Para ellos, el pensador de Königsberg fue demasiado tenaz en el reconocimiento de una cosa en sí inexpugnable.

Pero el fracaso de Kant —que no es más que el fracaso del entendimiento frente a la potencialidad de la razón— fue el fracaso también de Fichte y de Schelling. Tampoco ellos pudieron sintetizar el juego de pares contrapuestos. Fichte porque la libertad absoluta del yo termina orillando la realidad hacia el lado subjetivo y, por tanto, deja sin explicar lo objetivo; Schelling porque si bien en sus primeros escritos intentó una filosofía de la naturaleza, después no tuvo más remedio que aludir a una síntesis intuitiva, sin referencia a la racionalidad especulativa. Este fue, a juicio de Taylor, el error de estos primeros románticos, creer que la “la unidad entre subjetividad y naturaleza se alcanzaba por intuición o por imaginación”. Pero se perdía así el carácter específico de la razón. Una unidad mayor que no renuncie a lo racional es lo que intentará descubrir Hegel.



Hegel fue consciente de la necesidad de transformar las categorías y de reconsiderar la historia —tanto la de las ideas como la de los hechos— bajo la luz de la razón. Recuperó así la categoría de unidad como origen, pero también como fin, salvando la fría y separadora navaja del entendimiento con un concepto más amplio de razón enfocado en la totalidad. Unidad, razón y totalidad no son, sin embargo, incompatibles con la naturaleza dinámica de lo real, siempre que se reconozca que el motor del desarrollo no puede ser más que la idea heraclítica de *polemos*. Partiendo de estos nuevos conceptos, todas las dicotomías pueden resolverse en una nueva metodología, basada a su vez en el carácter ontológico de la dialéctica. Con estas nociones puede entenderse mejor la idea de Absoluto, el punto arquimédico de toda la obra hegeliana. Taylor explica en profundidad cómo debe entenderse este concepto, uno de los más complejos de toda la obra hegeliana. El Absoluto es sujeto infinito, sujeto que se expresa y se autorrealiza manifestándose y que, por tanto, cancela la disyuntiva entre subjetividad y objetividad. En su proceso de realización se descubre una estructura dialéctica ya que el Absoluto contiene en sí su propia dinámica. Partiendo de estas tesis, toda la realidad —la finita— pueda ser concebida como autorrevelación del *Geist* infinito.

Aquí es necesario hacer dos apuntes. Primero, a lo largo de las páginas del libro, Taylor insiste en que el *Geist* debe encarnarse y contextualizarse, superando así la oposición de materia y forma. En este sentido, su encarnación explica también la existencia del hombre como espíritu finito (nótese la importancia de la formación teológica del joven Hegel). Porque la encarnación de la conciencia infinita exige su ubicación espacio-temporal, y ser conciencia situada espacio-temporalmente es lo que define al hombre. Y, segundo, se debe concluir que esta estructura de las cosas requiere reflexividad, es decir, si el mundo es manifestación encarnada del espíritu y la conciencia finita es el vehículo del espíritu, entonces el conocimiento del mundo es por tanto autoconocimiento de la conciencia infinita. De ahí que sea una exigencia sistemática que el primer gran libro de Hegel lleve por nombre *Fenomenología del Espíritu* y que un minucioso análisis de la conciencia finita sea la forma en la que Hegel llegue a la altura de lo Absoluto.

Con independencia del desarrollo posterior que Hegel haga de estas nociones principales, ya en el seno de su ontología y de su filosofía de la naturaleza, y la importancia de las mismas para concluir otras intuiciones fundamentales, muy bien expuestas por Taylor, la lectura contemporánea de su obra tiene hoy que detenerse principalmente en sus reflexiones sobre historia y política, y ello por razones obvias. Cualquier consideración sustancialista que pretenda recuperar una estructura ontológica resulta hoy ciertamente anacrónica; y además la filosofía de la naturaleza hegeliana está, por un lado, demasiado pendiente de su coherencia ontológica y, por otro, limitada por un pensamiento científico que ha sido contestado y rebatido con posterioridad. Pero en el contexto de la filosofía posmoderna, que centra su interés sobre todo en la configuración cultural de la experiencia, sí que resulta relevante la filosofía de la historia y política de Hegel. Es en estos dos ámbitos, según Taylor, en los que tiene lugar el dilema básico que intenta resolver y al que nos enfrentamos también en las sociedades modernas: ¿cómo evitar que la radical autonomía que constituye al individuo en la Modernidad termine socavando la conformación de las comunidades? Ese es el problema del liberalismo político, tal y como explicitará la crítica comunitarista. La incidencia de la autonomía resquebraja los lazos sociales al considerarlos obstáculos a la libre manifestación arbitraria del yo; digamos, pues, como rémoras a la identidad.

Hegel combatió en su momento el formalismo de la ética kantiana, en la que veía simplemente una manifestación estéril, una perpetuación de la voluntad vacía. A partir de esta crítica, se percata



de que el atomismo de la sociedad liberal le impide reconducir las manifestaciones subjetivas del espíritu en una expresión incluyente del Absoluto. “El problema del criterio de racionalidad de Kant”, nos explica Taylor, “radica en que persigue la autonomía radical al precio de la vaciedad”, y ello no nos lleva más que a la destrucción, en la medida en que toda limitación de la soberanía, sea cual sea, debe ser eliminada.

Taylor es tajante a la hora de señalar la inoportunidad de leer los escritos histórico-filosóficos de Hegel en clave ideológica, ya que a su juicio la teoría hegeliana supera todas las divergencias políticas. Su interpretación del individuo, como vehículo del *Geist*, nos conduce más allá del atomismo liberal, porque aprecia como vocación del sujeto la realización en formas superiores de vida. Esa es la clave de la distinción entre *Moralität* y *Sittlichkeit*: mientras en la primera se mantiene la distancia individual entre lo que se es y lo que se debe ser, en la eticidad se diluye la contraposición normativa porque su contenido es ya plenamente vida —ser— comunitario. Por eso, en la dialéctica hegeliana, la moralidad, centrada en el yo y en la idea liberal de libertad, debe ser anulada por la eticidad y ambas sintetizarse en una forma de vida superior, la del Estado.

La reivindicación de la comunidad, concebida no en contraposición con el individuo, sino como constituyente del contexto vital del mismo, es una de las ideas que retoma Taylor y que pasa después a ser central en su proyecto comunitarista. Taylor nos recuerda, en definitiva, que lo que somos como seres humanos lo somos únicamente en una comunidad cultural —lenguaje, historia, tradición...— y que la identidad del individuo no puede construirse en contraste con la misma, sino en síntesis con ella. La libertad no es verdadera libertad más que cuando se expresa en una forma de vida.

¿Cuál es la conclusión de la lectura de *Hegel*? A través de una interpretación histórico-filosófica de los años que nos distancian con él, Taylor ha visto la paulatina desaparición del romanticismo expresivista frente a los embates de la civilización capitalista. Pero, como afirma Taylor, pese a que el romanticismo expresivista está recluido en las esferas privadas e íntimas, se percibe cierto malestar en torno a la identidad, lo que explicaría la reviviscencia extemporánea de las protestas. Y, en efecto, como después se ha proclamado en el espacio público, podría ser que la posmodernidad fuera aquel momento en que las sociedades y los individuos se percataran de la necesidad de construir nuevas identidades, una vez que las antiguas se revelan hoy como antiguallas. Esa construcción es un proyecto esencialmente cultural. Lo que nos sugiere Taylor no es sólo la necesidad de contar con la decisiva influencia de la cultura, sino recordar al hombre contemporáneo que la libertad como autonomía conduce al vacío y que la verdadera libertad es siempre una “libertad situada” comunitariamente, en definitiva, una libertad en la que el individuo no pierde su identidad sino que la desarrolla armónicamente.

José María Carabante